

María Ana Mogas, itinerario de una pasión



Hna. Miriam Solares Fernández
Equipo General de Formación Permanente
FMMDP

ITINERARIO DE UNA PASIÓN

Introducción

A lo largo de año 2024, nuestra mirada se dirige a LA VERNA, aquel lugar elegido por Francisco lejos de TODO lo que lo agobiaba (el largo recorrido de la aprobación de la Regla, lo vivido y visto en Tierra Santa, la Orden, los límites que le imponía su cuerpo...) y de TODOS los que, particularmente dentro de la Orden, lo degradan y humillan por considerarlo “simple y vulgar”.

Así, alejado de TODO y de TODOS, pero paradójicamente, nunca antes más cerca del Altísimo Omnipotente y Buen Señor y tan cerca estaba del pobrecito que no podía verlo velado su entendimiento por dolores físicos, renunciadas, sufrimientos, mil preguntas y angustias.

Allí, ya cercano el otoño, en el valle santo del Rieti, se consumó el abrazo/abrazo de Dios, su Todo, y se “clavó” en su cuerpo para siempre y entonces fluyeron, como la sangre, las certezas, las más profundas y verdaderas certezas, aquellas que pudo expresar y comunicar a todos (CtaOr), aquellas que solo compartió con sus fieles y amados Tres Compañeros y aquellas que la Hermana Muerte calló para siempre; experiencia ésta, la de La Verna, que permitió un nuevo y excepcional despliegue en la Vida de Francisco.



No fue distinta la experiencia de pasión en María Ana si bien es muy diferente el contexto epocal y vital. La vida de María Ana se vio atravesada desde la niñez por pérdidas, rupturas culturales, renunciadas, humillaciones, así como también un deterioro físico

consecuente con lo vivido pero que no limitó ni su entrega ni la profundización de su legado.

El siguiente recorrido no es más que un humilde aporte para retomar su vida desde este paradigma de la pasión y disponer de un tiempo de oración para mirar nuestra propia vida...

Dios

Negado o adorado, Dios ha sido, es y será el gran protagonista de escritos y debates filosóficos teológicos, sociológicos antropológicos... sencillamente porque el corazón del hombre está habitado por sed-de-trascendencia.

Es esta sed la que genera búsquedas, encuentros y desencuentros, la que alimenta el juego interminable entre angustia y gozo o, como señala Torres Queiruga:

«Conforme prevalezca la presencia sobre la ausencia -la promesa de plenitud sobre la amenaza de la nada- se convierte en esperanza. O, al contrario, se convierte en Angustia, si prevalecen la ausencia y la amenaza.»

Así es como en el juego del Amor, cada uno, Dios y el Hombre, se preparan para hallarse. No habrá imposiciones ni violencias, no habrá forcejeos o luchas hasta el amanecer, solo habrá encuentro, horizontes de sentido que se cruzan y, en la intersección, habrá asombro, reconocimiento, mirada, deseo, abrazo, ternura y belleza de Dios para el Hombre y del Hombre para Dios.

Y esa relación es posible porque, como franciscanas, creemos en un Dios que por Amor ha salido de sí en Jesús, se hace hombre frágil, humilde, pobre, pequeño, siervo y menor, compañero de camino del hombre en su poquedad, nulidad y muerte... Un Dios despojado de su Gloria se ha puesto junto al hombre llevando el peso de su existencia, es el Dios que se alegra y que llora con él y le concede una esperanza de

vida que florece desde lo más hondo de su compartir la debilidad humana.

Porque el encuentro de Francisco con Jesús ha tenido rostro en el leproso del camino, ha encontrado sentido en el icono de San Damián, ha confrontado con la Palabra que envía sin nada propio. El Jesús de Francisco es así, esencialmente simple, bello, hermoso. De la misma manera que para Clara es el Amante sin reservas al que abraza y ama en una dinámica de despojamiento e identificación, en la mística de amor puro, de desnudez del alma.

Los escritos de María Ana, nos permiten reconocerla dentro de esta misma cristología franciscana, con algún otro rasgo propio de la época, como veremos. Algunos "ecos" de sus escritos:

«Solo pido amarte». «Amo a Dios con todo mi corazón con toda mi alma». «Que el aliento me encuentre en tu amistad y amor». «Enciende Dios mío, en mi corazón, el fuego de tu Amor». «Oh corazón Divino de Jesús todo abrasado en mi Amor». «Mi dulce Amor, por quien vivo y por quien muero». «Oh amante corazón».

La pasión

El itinerario de pasión de la vida de María Ana, exige a su vez proveernos de un "mapa" que guie tal búsqueda.

Comenzamos por decir que Jesús no estaba "predestinado" a la crucifixión. Lo sabemos, su estilo, como lo llama Jean Onimus, lo confrontó con autoridades, su estilo se alteró notablemente ante la ceguera de quienes no lograban conectarse con su vida interior, su estilo, su mensaje, sus decisiones, sus actos, lo fueron acercando al calvario.

Es muy cuestionadora para nuestras vidas la descripción que hace el teólogo francés sobre el estilo de Jesús.

«Un ser agitado por una pasión interior, nada cómodo... no es el tono de un sabio, sino de una conciencia herida, indignada, una conciencia

joven, incapaz de resignarse y de aceptar el curso de las cosas. Demasiado amor para los hombres, imposible retener la rebelión, el deseo ardiente de convertirlos, de abrir por fin sus ojos, de ayudar a vivir. Jesús no podía envejecer. No es hombre de consejos tranquilizadores ni de compromisos, sino de fórmulas extrañas, escandalosas, que chocan y hacen reflexionar. Jesús no predica, sino que nos agarra por el brazo y nos sacude ¡y no salimos indemnes! Como dice el Apocalipsis, sus palabras cortan y hacen sangrar como la hoja de un cuchilla».

En este estilo se sitúa Jesús: entre los marginados, los no integrados, los desclasados y sin futuro, los fuera de la Ley, y sólo desde ese caminar con el hombre doliente puede entenderse el Calvario. No solo como el Amor, Amor sangrado cantan los poetas, en su máxima expresión, sino como la forma de ejecución, de silenciamiento, más cruel y marginal de su época. Sabemos que quien moría en la cruz no tenía derecho a sepultura, de ahí que José de Arimatea reclame el cuerpo de Jesús para llevarlo a un sepulcro... *«Jesús, víctima histórica y concreta, golpeada por el mismo mal que, en sus diversas formas, nos acosa a todos».*

La Pasión en María Ana

Los testimonios recogidos sobre la vivencia de la pasión en María Ana ponen en evidencia que va más allá de una práctica piadosa propia de la época. María Ana vivirá en carne propia el misterio de la cruz. Despojada, nada lleva consigo, conocedora del camino optado, sabiendo en Quién ha puesto toda su confianza.



María Ana no lleva el Santo Cristo en su mano derecha como adorno o pose, en la contemplación del crucificado se extasía, se pierde, se anonada, sus rodillas "se doblan", el tiempo se detiene, roza la eternidad.

Solo desde este abrazo, que se prolonga íntimamente a lo largo de toda su vida, pudo mantenerse serena, firme, clara, ante situaciones adversas, confusas, profundamente dolorosas:

«...hay que sufrir por Dios porque Él, en la Cruz, sufrió mucho por nosotras...»

Desde este marco propongo recorrer momentos en los que la pasión de nuestro Señor Jesucristo se hace presente en su vida, como un sencillo recorrido de oración.

Pero antes será necesario situarnos en el ser-en-el-mundo de María Ana.

Una época, una cultura, un pueblo, un Cristo

En el Evangelio según Tomás se recoge un llamado de Jesús a "ser transeúntes" que sería como "dejarlo todo", familia, casa, pueblo, y ponerse en camino, aceptando el dolor del desarraigo y la incertidumbre misma del sendero por recorrer.

María Ana aceptó ese llamado y lo hizo en una época compleja y en una cultura con una historia que, de ignorarla, nos impediría conocerla en lo más hondo.

María Ana era una muchacha catalana que vive en un tiempo de descristianización. Época que, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX, dará a luz la estética de Goya, la música de Verdi, el inquietante pensamiento de Darwin, Freud, Durkheim, Mendel, Comte.

La Iglesia, desde las poderosas universidades de Lovaina, Friburgo, Toulouse, Paris, intentará la defensa que proteja su gran herencia y, en general, no se dará el abordaje de las nuevas preguntas que plantea el mundo moderno. Junto a los grandes y, a veces, incomprensibles tratados de teología, crecen las devociones al Sagrado Corazón, al Vía Crucis y otras prácticas de piedad, centradas en Jesús.

Tal vez la gran respuesta se dará en la opción por los desclasados de la época, la gran respuesta se concretará en las más de 500 congregaciones femeninas fundadas en siglo XIX, en los laicos de la Acción Católica, de los incipientes movimientos obreros en Ars. Juan Bosco, Claret, María Ana, Garicoits, Eymard, Cottolengo... lanzados a las calles a socorrer a los "Cristos"

En este siglo convulsionado, sorprendente, lleno de novedad, Cataluña no es indiferente. Sabemos que este pueblo reconoce una identidad fuerte, muy propia, que se remonta al siglo X en el que los Condes catalanes logran emanciparse de los reyes francos e implantan su lengua, instituciones políticas propias, hasta llegar a la Generalitat (siglo XII) en la que todos los estamentos sociales tendrán voz.

«Crec que Jesús és Deu, el cor ho dau, i enamorats segueixen sa doctrina; no vull saber la causa ni el motiu de res que hagi dictat sa veu divina.

Vull creure refiat, cluca la nina, el cor rendit, l'entendiment passiu. Senyor, sóc un infant, aquí em teniu: sols vostra mà de Pare m'encamina

Ja se on me portareu: mes... vull anar-hi. Vull seguir la remor del vostre peu amunt, amunt, fins al mateix Calvari.

Em plau morir en lit pairal, la creu, i mentre l'agonia m'aclapari, pensaré amb goig que em ressuscitareu».

«Creo que Jesús es Dios, el corazón me lo dice, y enamorado sigo su doctrina, no quiero saber la causa ni el motivo de nada que no haya dictado su voz divina.

Quiero creer confiado, cerrar los ojos, el corazón entregado, el entendimiento detenido. Señor, soy un niño, aquí me tienes, solo tu mano de Padre me encamina.

Sé dónde me llevas, más quiero ir allí, quiero seguir el rumor de tus pies subiendo, subiendo hasta el monte Calvario.

Con placer morir en el lecho paterno, la Cruz, y mientras la agonía me envuelve, pensaré con alegría que resucitaré».

Dentro de este pueblo previsor, creativo, inquieto, muy protagonista de su historia, situamos a María Ana en... "su aldea".

«Un hombre de aldea vive en un universo unificado, tiene arraigo de familia y encuentra cada una de las cosas y de los hombres en su lugar propio, siéndole evidente la Unidad que no necesita defensa y problemática la diferencia que debe dar razones de sí-misma».

Así la hemos imaginado, arraigada en Corró del Val, enérgica corriendo "campo a través", trepando al robusto lledoner: profundamente segura, unificada por el Amor de sus padres.

Pero decía que, sin saberlo, esta muchacha catalana era llamada al camino, a trashumar. La travesía de esta niña comienza en la ruptura de la pérdida. La infancia alegre, bulliciosa y luminosa se tornará sombría y silenciosa sin sus padres. Tal vez, en esta primera experiencia encuentre inspiración su oración confiada:

"Concédeme la gracia de orar, esto es, de pedirte siempre que me des tu ayuda, clamando: «Dios mío, ayúdame, Jesús mío misericordia»".

Si bien el Señor consuela a la niña con la calidez y preocupación de su madrina, la ruptura con su pueblo, con su niñez en Granollers, marcará en María Ana un antes y un después. Ya no habrá "madriguera" donde cobijarse ni lecho donde reclinar la cabeza. La muchacha catalana ha sido lanzada a la existencia, existencia cargada de pasión, pasión que se hará opción a medida que un Amor "más grande" vaya tomando toda su persona, comprometiéndola con los pobres y enfermos como parte de su apostolado parroquial, ensanchando su corazón joven en el que muchos encontrarán consuelo, como alguien dice:

«Al intentar dar, uno ve que no tienen nada al ver que no tienen nada, intenta darse a sí mismo. Al intentar darse a sí mismo, ve que no es nada. Al ver que no es nada, desea llegar a ser. Al desear llegar a ser, vive y se entrega».

Cuando la Pasión se hace opción

Con 21 años de edad y apasionada por la causa de Jesús, desea arriesgar su vida y seguirlo; no es nada seguro ni estable. Son muchas las voces que se alzan para disuadirla, se inicia un tiempo fuerte de discernimiento, de silencio y adoración.

«Bendito sea Dios, Padre de Cristo Jesús, el Padre siempre misericordioso, el Dios del que viene todo consuelo, el que nos conforta en todas nuestras pruebas por las que ahora pasamos de manera que nosotras también podamos confortar a los que están en cualquier prueba, comunicándoles el mismo consuelo que nos comunica Dios a nosotras.»

2Cor 1, 3-4

A la edad de 23 años acepta la incertidumbre y el despojo del camino y junto al salmista reza con un corazón entregado:

«Yo bendigo a mi Dios que me aconseja, mi conciencia me instruye aun de noche; pongo siempre al Señor ante mi vista; porque a mi lado está, jamás vacilo. Me mostrarás la senda de la vida, el gozo grande que es mirar tu rostro, delicias para siempre a tu derecha.»

La nueva comunidad religiosa es muy joven. Vive en pobreza, en medio de una situación socio-política hostil, soporta persecución, injurias, discriminaciones...

«Hija, si te has decidido por servir al Señor, prepárate para la prueba. Camina con conciencia recta y mantente firme. Y en tiempo de adversidad no te inquietes. Apégate al Señor y no te alejes, para que tengas éxito en tus últimos días. Todo lo que te suceda acéptalo, y cuando te toquen las humillaciones, sé paciente. Porque se purifica el oro en el fuego y los que siguen al Señor en el horno de la humillación. Confía en El: El té cuidará, sigue la senda recta y espera en El.»

Eclo 2, 1-6

Su amor a Dios se despliega en la misión. Duros acontecimientos le harán vivir intensamente lo que es donarse por entero. Su salud se

quebranta, más su espíritu se fortalece para confortar y sostener a cuantos la necesitan.

María Ana contempla el rostro de Dios en el rostro contrahecho de las criaturas de Dios, enjugando el rostro de jóvenes, menesterosos y enfermos. Acuña así para el Instituto el sello que se hará carisma de caridad verdadera vivida en el amor y sacrificio.

María Ana es un dócil instrumento en las manos de Dios. Refleja en su actuar la dulzura, la bondad que Dios le hace experimentar y tratará por todos los medios de cuidar la vocación de sus hermanas. Velará para que su comunidad siga siendo fiel testimonio y espejo de la ternura de Dios en medio de su pueblo. Muchos serán los impedimentos, pero los guardará en su corazón.



*«Sus contemporáneos intuyeron el martirio interior vivido por la Sierva de Dios dado que, al exterior, la caridad y el silencio sellaron sus labios»
(Sumario, pág. 45)*

Cuánta entereza tuvo que tener para hacer frente a la incomprensión. Sólo desde el amor pudo dar respuestas, amor auténtico, amor en el que se le va la vida, amor que eleva, diviniza a los que ama, a las niñas pobres que cobijaba y educaba en la sencilla calidez de una casa pobre, a los enfermos que visitaba, amando ante el Sagrario la voluntad de Dios:

«Creo en Dios, espero en Dios..., amo a Dios por ser Él quien es, con todo mi corazón, con toda mi alma y quisiera amarlo con aquel amor con que espero amarlo en la eterna bienaventuranza.»

El camino lleva a María Ana a vivir otro episodio de pasión: la misión en Ciempozuelos, incompatible con la identidad del Instituto, acrisoló definitivamente la búsqueda de María Ana permitiéndole ver con claridad el deseo de Dios respecto a su proyecto. Este proceso

constituye una instancia más que dolorosa ante las muchas penurias que viven allí: la intromisión de terceros en la vida comunitaria, los problemas de salud de las hermanas debido a la mala alimentación y el estado decadente del edificio, las intensas jornadas de trabajo que ponían en riesgo la vida de oración y de fraternidad. María Ana debe afrontar estas dificultades, siendo ella el sostén y fortaleza de sus hermanas. Como en otras ocasiones, confía y comparte con Concepción Dolcet sus certezas:

«Dios cuida de los pajarillos y no permitirá que obrando por Él al hacer la caridad mueran sus esposas por falta de sustento.»

Así es que, confiando en que el Señor sostendrá sus pasos, deciden marcharse de allí.

«Los que temen al Señor tienen su corazón preparado y, en su presencia se humillan, diciendo: abandonemos en las manos del Señor, y no en las de los hombres, porque como es su grandeza, así es su misericordia». Eclo 2, 17- 18

El tiempo nos va acercando a la vivencia, a mi modo de ver, más dolorosa en la vida de María Ana, tal vez la caída que antecede al Calvario. Ella, que amaba a las hermanas, que defendía enérgicamente la vida religiosa de las fraternidades, asiste a la ruptura del Instituto y lo hace con la actitud serena y conmovida de María cuando Simeón le anuncia que una espada atravesará su Alma.

Cuánta belleza, hondo dolor, amor, pasión, en aquellas palabras que dirige a Francisca Vidal:

«Siempre las he querido y han oído decir de mi boca que daría mi sangre por cada una si fuera necesario y, a pesar de la indiferencia de todas, hoy repito lo mismo. Adiós, pidan mucho al Señor que me alcance Amor y Sacrificio.»

Se me ocurre asimilar este adiós con las palabras de Jesús en la Cruz, recreadas por Francisco en su *Oficio de la Pasión*:

«Tú conoces mi afrenta y mi confusión y mi sonrojo. A tu vista están los que me acosan, afrenta y miseria espero mi corazón.»

«Y esperé a quien me compadeciera y no hubo nadie que me consolara, y no lo encontré.»

«Padre Santo, no me retardes tu auxilio, atiende a mi defensa. Tú eres mi Padre Santísimo, Rey mío y Dios mío. Ven en mi auxilio, Señor Dios de mi Salvación.»

Sus labios sellados por la caridad no arguyen defensa alguna.

«Vi sorprendido que en nada se inmutaba aquella santa mujer... sin dar la más leve muestra de resentimiento, ni decir una sola palabra en defensa propia...» (Testimonio)

María Ana solo espera el consuelo del crucificado porque Jesús es la compasión de Dios que se implica en el sufrimiento de sus hijos.

La donación de la propia vida y el deseo de vivir el amor hasta el extremo son más fuertes que cualquier trago amargo que se presente en su vida. Se sabía de memoria a Jesús crucificado. El destino de su Amado no podía ser diferente del suyo... para luego resucitar con El.

«Indiferente quiero de tu mano, Jesús mío, lo dulce que lo amargo, lo alegre que lo triste, ¿Si de la mano de Dios recibimos los bienes, por qué no hemos de recibir los males?»

«¿Quién soy yo, mi Dios para sentir los desprecios cuando vos así fuisteis despreciado?»

«Qué vergüenza, Dios mío, yo me escandalizo del menor agravio ¿y Vos estáis silencioso y mudo en tantos desprecios?»

Una bellísima experiencia teologal, que mira a Dios en todo y puede abandonarse a lo que El disponga..., ser verdadero instrumento en las manos de Dios.

La pasión por Cristo y los crucificados de su época está claramente presente en la vida de María Ana, tanto como la certeza de la resurrección, sencillamente porque era una mujer de Fe. Así, los rasgos del sufrimiento desaparecen de su rostro en el momento de su muerte y la serenidad y hasta una delicada sonrisa "propia de los amigos de Dios", embellece a la esposa que, al fin, se encuentra con su Amado.

Las heridas sanan, las rupturas ya no existen, el *shalom* final ha irrumpido en la existencia-para-siempre juntó al Abbá, al Padre de la misericordia.

PARA REZAR Y COMPARTIR ESTE ITINERARIO

Confrontando nuestra vida. Dios...

1. Recorro mi vida desde la ausencia-presencia. Intentaré "detectar" circunstancias personales/fraternas, que favorecen o propician la lejanía, la angustia.
 - ¿Qué situaciones, vivencias, estilo de vida, me devuelven la felicidad de la Presencia?
 - ¿Mi proyecto personal/fraterno contempla la realidad de esta dinámica existencial? ¿De qué manera?
2. Conocemos el significado del icono de San Damián. Intento situarme "dentro de él":
 - ¿Cómo Madre-discípula/o?
 - ¿Cómo persona que Ama y espera la resurrección?
 - ¿Cómo el descreído y burlón legionario?
 - ¿...?

Desde ese lugar contemplo a Jesús, le expongo "mi causa" (dudas, alegrías, fracasos, certezas) le confío mi amor, lo nombro, intentando llegar a los "cien nombres de Dios": Amor Caridad, Humildad, Divina Presencia, Sufrida Ausencia...

3. A lo largo de nuestra vida cristiana y de seguimiento hemos adherido a "estilos de Jesús" que tenían mucho que ver con nuestra etapa vital. Confronto el Jesús en el que creo, al que Amo y entrego mi vida con la descripción que de Él hace Jean Onimus.
4. Ante un Crucifijo: el mal nos acosa a todos, en todas las épocas ha sido más violento y duro con los más pobres, despojados de todo tipo de defensas... Me refiero al mal con rostro de indigencia, hambre, injusticia, división...

Recorro la presencia misionera de nuestra Congregación en el mundo, me detengo en cada país, nombro los males que los acosan como humanidad doliente (hambre, enfermedad, catástrofes, soledad, maltrato, consumismo, desesperanza...): las voy poniendo una a una al pie de la Cruz y oro...

Nombro ahora los males que nos acosan como Familia carismática, en nuestra vocación cristiana, los pongo uno a uno al pie de la Cruz y oro.

5. Retomo los momentos de pasión en María Ana y me pregunto qué eco producen en mi vida, en mis opciones, en mi vivencia del dolor, del fracaso. Reviso mi vida de Fe, Esperanza, Caridad, Confianza, Esperanza, Sacrificio...
6. Ninguna duda nos cabe de que la Humanidad ha sido redimida por Cristo, esperamos su segunda venida con alegre esperanza. Desde esta certeza, nuestra familia carismática está llamada a despojarse y donarse a la humanidad crucificada.

Por eso, rezar algunas oraciones que brotaron del corazón de nuestro Padre Francisco, Hermanas Clara y María Ana, no son

ejercicios de simple piedad sino de fidelidad al carisma recibido, siempre vivo. Algunas propuestas:

- Orar el *Oficio de la Pasión* a partir del Viernes Santo.
- Orar la *Paráfrasis del Padrenuestro* desde la clave de la praxis fraterna y en particular de la VC (v. 5: «hágase tu voluntad...»)
- Orar por toda nuestra Congregación con la Oración final de la *Carta de Francisco a toda la Orden*.
- Orar la *imitación del Buen Pastor* con la *Adm 6*.
- Examinar nuestra vida a partir de las *Admoniciones 13 a 25*.
- Orar con la II Carta a Inés de Praga 4 y IV CtaL 4.
- Orar desde la *Adoración de las llagas* que rezaba María Ana como camino para alcanzar:
 - 1) La paz y tranquilidad interior
 - 2) El dominio de lo que nos agita y disipa
 - 3) La gracia para vivir en la virtud
 - 4) La mansedumbre y humildad de corazón
 - 5) La desnudez de un alma pura
 - 6) La Caridad verdadera
- Oramos con el *Dirigidme Señor*.

«Evocamos hoy la memoria agradecida de todas nuestras hermanas, mujeres que, con amor, paciencia, fidelidad y sacrificio fueron tejiendo, puntada a puntada, una manera carismática de ser y vivir en el mundo, haciendo posible este gran tejido congregacional que nos congrega, cobija y envía»

(Doc. XXII Capítulo General)

